



CENTRO DE REFLEXIÓN EN POLÍTICA INTERNACIONAL

Análisis de coyuntura

Año 2021 / Mes: septiembre / Nº 28

El **Centro de Reflexión en Política Internacional** fue creado en 1995 y tiene como objetivos principales: promover e impulsar una instancia de análisis, discusión y seguimiento de la política internacional argentina, analizada en sus diversas fases pasadas, presentes y futuras; y constituir un ámbito de capacitación, actualización y producción académica en Política Exterior Argentina.

Sobre un discurso de ganadores y perdedores en política internacional

Pablo Bezus¹

Quisiera proponer en este escrito un ejercicio analógico, que luego el lector juzgará útil o no. La analogía no es original ni novedosa, sino casi tan antigua como el pensamiento político mismo: es la que equipara a una persona humana y una comunidad, pueblo, nación o Estado en el sentido moderno del término. Sin embargo, quisiera aplicarla aquí a las percepciones comunes, a los juicios de valor y, en base a eso, a las expectativas que sobre el sistema internacional tenemos o podemos tener. Concretamente, plantearé la pregunta de si nuestra percepción sobre el sistema internacional no constituye, a menudo, más que una extrapolación de nuestra percepción del sistema político nacional. Luego plantearé algunos términos de debate en torno a la distribución de vacunas durante la pandemia, sin ninguna intención analítica más que aplicar, tentativamente, las reflexiones presentadas en primera instancia. Este problema puede ser útil para presentar, luego, una reflexión en torno

¹ Licenciado en Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UCaLP) - Maestrando en Filosofía Política (UBA) - Miembro del CERPI, IRI, UNLP. Contacto: bezuspablo@gmail.com, Twitter: @PabloBezus

a la dificultad de configurar un discurso de política externa². Sobre el final plantearé la posibilidad y, tal vez, la conveniencia de agregar a este mayores dosis de realismo pragmático en desmedro de consideraciones de naturaleza moral.

Comencemos con algunas cuestiones referentes a la moralidad de los sistemas políticos. Utilicemos, para aprovechar el contexto electoral argentino, la siguiente frase del dirigente libertario (él se califica a sí mismo como “minarquista”) y candidato a diputado nacional en la Ciudad de Buenos Aires, Javier Milei, pronunciada en su cierre de campaña para las PASO: “*Les pido que nos acompañen en esta revolución moral, para ir a una sociedad que quiera vivir con el fruto de su trabajo*”³. Es interesante notar cómo la política se presenta desde una perspectiva moral. Ahora bien, podríamos decir que todos los discursos políticos (e incluso, extensivamente, todas las ideologías políticas) están cargadas con contenidos morales. La relación entre ambas esferas, la política y la moral, es, sin embargo, complicada.

En principio, podemos establecer que se trata de cuestiones diferentes; que, en términos schmittianos, lo político difiere de lo moral y debemos hallar las categorías diferenciadoras que son específicas en cada campo, las del bien y el mal en la moral, las del amigo y el enemigo en la política⁴. Esto da lugar a la tesis de la autonomía de lo político. En el pensamiento de Schmitt, que se refiere a la gran política, la política entre Estados, la autonomía de lo político implica que el enemigo (político) no es un criminal⁵, porque la criminalidad (o, si se prefiere el término, la maldad) alude a una caracterización moral, mientras que la que nos interesa aquí no es esta sino la propiamente política, que puede tomar como base o no a la moral, pero que desde el momento en que se vuelve política deja de ser puramente moral para volverse, justamente (y esto en razón de la intensidad de la diferenciación), política. En términos de política doméstica, de política chica, podríamos decir, la autonomía de la política implicaría que el adversario político no es un sujeto moralmente malo, lo que parece relevante en un sistema democrático; amén de esto, las caracterizaciones morales son bastante usuales, y cada vez más, en los discursos públicos de nuestro tiempo, lo cual plantea desafíos importantes. Por caso, ¿qué diálogo podrá establecerse o qué acuerdos podrán alcanzarse entre sectores políticos que se acusan entre sí de autoritarios, golpistas, cipayos, ladrones, asesinos, etc?

Will Kymlicka nos recuerda, por otro lado, que las distintas teorías políticas han sido ordenadas, históricamente, en una línea de principios políticos que van de izquierda a derecha, pero que este ordenamiento aparece hoy como inadecuado. El filósofo canadiense rescata en este sentido a Dworkin, quien sostiene que, en definitiva, todas las teorías políticas contemporáneas apelan, de forma

² Me ubico en el terreno de lo discursivo, no de la formulación de la política externa (la determinación de sus objetivos y contenidos), aunque, en realidad, ambos aspectos son constitutivos de la política: el contenido de la política externa (como de cualquier política) se define discursivamente.

³ S.A., “En su primer acto de campaña, Javier Milei prometió sacar a la “casta política” a “patadas””, *Infobae*, 7 de agosto de 2021, <https://www.infobae.com/politica/2021/08/08/en-su-primer-acto-de-campana-javier-milei-prometio-sacar-a-la-casta-politica-a-patadas/>

⁴ Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Madrid, 1991, Alianza, p.56.

⁵ “*El enemigo político no necesita ser moralmente malo, ni estéticamente feo; [...] Simplemente es el otro, el extraño, [...]*”. Schmitt, *op. cit.*, p.57

naturalmente diferente, a un mismo valor último que las sustenta: la igualdad. Podemos dejar esta discusión aquí, en tanto lo que nos interesa señalar es solo esta relación conflictiva entre la política y la moral. La acción política, las motivaciones, intenciones y actitudes políticas reclaman autonomía de consideraciones de cualquier otro tipo, mas todas las teorías políticas requieren una base moral. De ahí que la filosofía política y la filosofía moral resulten prácticamente inescindibles; su relación es, sin embargo, paralelamente conflictiva, y Kymlicka recurre a Robert Nozick para explicar cómo debería entenderse esta: “*«la filosofía moral [sostiene Nozick] establece el trasfondo y los límites de la filosofía política»*. *Lo que las personas pueden y no pueden hacerse unas a otras limita lo que pueden hacer mediante el aparato del Estado, o lo que pueden hacer para establecer dicho aparato*”.⁶

Lo político, entonces, es autónomo, pero tiene (o, al menos, pretende tener) una base moral. Pues bien, retomando la declaración antes citada de Milei, esta nos remite a una concepción de la moralidad que, en términos generales, podríamos calificar de meritocrática⁷, postura que, en palabras de Adam Swift, forma parte de la opinión popular sobre la justicia y que reclama, según la fórmula clásica, que se le dé a cada quien lo que se le debe. Esta formulación clásica, por cierto, requiere ser llenada de contenido. La idea básica de una meritocracia es que uno reciba lo que le corresponde según sus méritos. Para explicar en qué consiste, Swift distingue tres posiciones alternativas en torno a la justicia en la sociedad: una convencional, que supone predominante en el imaginario social y que equipara justicia a mérito; otra extrema, de elaboración más filosófica y asentada sobre bases igualitarias; y una intermedia que busca acortar la distancia entre las dos anteriores:

“La visión convencional acepta la idea de que alguien pueda merecer menos o más que otros por desarrollar talentos y habilidades que simplemente ha tenido la forma de tener o la mala fortuna de no tener. La visión extrema considera que la suerte socava las atribuciones de mérito y, porque entiende que el esfuerzo depende de la suerte, niega incluso que aquellos que trabajan duro merecen ganar más que quienes no lo hacen. La visión mixta es la posición intermedia. Los individuos no merecen recompensas distintas por cosas [...] que se hallan genuinamente fuera de su control, como haber nacido con inteligencia o sin ella, o en una familia rica o pobre. Pero sí merecen recompensas por cosas que son genuinamente fruto de sus elecciones -como qué tan duro trabajan [...]”.⁸

El credo meritocrático es abordado en detalle en una reciente publicación de Michael Sandel, “*La tiranía del mérito*”. Ya el título nos advierte sobre una posición al menos encontrada con el ideal meritocrático. En el texto del filósofo norteamericano, que rastrea los orígenes de la idea meritocrática y sus raíces religiosas (estableciendo un paralelismo entre el éxito terrenal ganado con el esfuerzo y el trabajo y la salvación ganada con el sudor de la frente) e identifica el carácter providencialista de esta ideología, se cambian los términos de la discusión para abandonar la oposición, bastante común, entre meritocracia y justicia social (¿son compatibles? ¿Es posible una meritocracia sin

⁶ Will Kymlicka, *Filosofía política contemporánea. Una introducción*, Barcelona, Ariel, 1995, p.16.

⁷ Por cierto, libertarismo y meritocracia no son lo mismo ni coinciden necesariamente. Aunque por distintas razones, ni Rawls ni Nozick (uno del lado del liberalismo igualitarista, el otro del lado del libertarismo) defendían una ética meritocrática.

⁸ Adam Swift, *¿Qué es y para qué sirve la filosofía política?*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2016, p.66.

justicia social? ¿Cómo construir la igualdad de oportunidades?) y ubicar el foco en la meritocracia misma:

*“El problema de la meritocracia no solo estriba en que la práctica nunca está a la altura del ideal. Si simplemente esa fuera la cuestión, la solución pasaría por perfeccionar la igualdad de oportunidades, [...]. Pero el problema es que es dudoso que una meritocracia, ni siquiera una perfecta, pueda ser satisfactoria ni moral ni políticamente”.*⁹

Sandel retoma un problema que ya había sido planteado con anterioridad, el referente a los talentos naturales de cada individuo. Las diferencias entre los individuos por las cuales la meritocracia no sería posible o moralmente correcta, es decir, el piso de igualdad desde el cual se debería partir (sin que importe el lugar de nacimiento, el status social, etc), no se limitan a cuestiones sociales (que, por lo mismo, son modificables mediante diferentes instrumentos de compensación), sino que incluyen aquello que es innato en los seres humanos, las diferencias que no pueden ser atribuidas más que al azar caprichoso y que hacen que una persona sea más fuerte, rápida o inteligente que otra: *“Desde el punto de vista moral, no está claro por qué quienes tienen talento merecen las desproporcionadas recompensas que las sociedades de mercado reservan a las personas de éxito”*¹⁰. Al fin y al cabo, los talentos y habilidades naturales que recibimos son fruto del azar, no de nuestro esfuerzo. Para Rawls, igual que ahora para Sandel, los talentos naturales son moralmente arbitrarios. Sandel se pregunta: *“¿De verdad poseer (o carecer de) ciertas aptitudes es un logro nuestro? Si no lo es, cuesta ver por qué quienes ascienden gracias a su talento merecen mayor premio que quienes bien pueden ser personas igual de esforzadas, pero menos dotadas de los dones previos que una sociedad de mercado casualmente valora más”*.¹¹ Rawls intenta neutralizar esta “lotería de la naturaleza” en su configuración de la posición original, pero dejemos el debate en este punto. Traemos el texto de Sandel a colación porque este resalta, sobre todo, las percepciones y las actitudes que la meritocracia genera:

*“Entre los primeros [los ganadores] promueve la soberbia; entre los segundos [los perdedores], la humillación y el resentimiento. [...]. La idea de que el sistema premia el talento y el trabajo anima a los ganadores a considerar que su éxito ha sido obra suya, un indicador de su virtud, y a mirar con condescendencia a quienes no han sido tan afortunados como ellos. La soberbia meritocrática refleja la tendencia de los ganadores a dejar que su éxito se les suba demasiado a la cabeza, a olvidar lo mucho que les han ayudado la fortuna y la buena suerte. Representa la petulante convicción de los de arriba de que se merecen el destino que les ha tocado en suerte y de que los de abajo se merecen también el suyo, y esta actitud es el complemento moral de la política tecnocrática”.*¹²

Además, dice, “la idea de que nuestro destino está en nuestras manos [...] es una espada de doble filo: inspiradora por uno de sus bordes, pero odiosa por el otro. Congratula a los ganadores,

⁹ Michael J. Sandel, *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?*, Buenos Aires, Debate, 2021, p.36.

¹⁰ Op. cit., p.36.

¹¹ Op. cit., pp.36-37.

¹² Op. cit., pp-37-38.

pero denigra a los perdedores y afecta incluso a la percepción que estos tienen de sí mismos”.¹³ La meritocracia, por esto, aparece no solo como difícil de realizar, sino también como indeseable por las percepciones que genera sobre los otros y uno mismo y los sentimientos negativos que produce (los cuales dañan el tejido social): soberbia y egoísmo en unos, los ganadores que miran desde la altura a quienes quedan atrás; frustración y resentimiento en otros, los perdedores que miran desde abajo cómo lo dejan atrás y sienten que es exclusivamente suya la culpa por tal situación. Divide a la sociedad en ganadores y perdedores y los hace creer que su situación depende únicamente de su voluntad, de lo que han hecho y hacen.

¿Hay una lectura de la política internacional en términos meritocráticos? ¿Y qué respuestas genera de parte de quienes son los ganadores y los perdedores? Según el organicismo al que aludimos antes, los Estados constituyen unidades corporales; hoy el organicismo no está tan presente como lo estuvo en las formulaciones tempranas de la filosofía política moderna, pero seguimos hablando de cuerpos políticos y considerando a las naciones como personas; de hecho, para el derecho internacional, un Estado es una persona jurídica¹⁴. Así como cada persona tiene talentos naturales, también los tendría cada Estado (a menudo se han identificado y tipificado los factores de poder de los Estados, desde la población, los recursos naturales, la ubicación geográfica, etc). Y, así como el destino de cada persona está en sus manos, el destino de una nación depende de lo que tal nación haga con sus talentos. El mismo Sandel identifica este credo en los discursos políticos de dirigentes norteamericanos, pero no únicamente en los conservadores, sino también en los liberales y progresistas:

*“En [...] 2016, Hillary Clinton afirmó: “Al final, todo se reduce a algo que Donald Trump no entiende, a saber, que Estados Unidos es grande porque es bueno”. [...] Clinton] trataba de convencer a sus votantes de que la promesa de Trump de “hacer que América sea grande de nuevo” no era coherente con la malevolencia y la venalidad del candidato presidencial. Lo cierto, sin embargo, es que no existe ninguna correlación entre ser bueno y ser grande. Tanto para las naciones como para las personas, la justicia es una cosa y el poder y la riqueza, otra bien distinta”.*¹⁵

La lógica meritocrática es una interesante forma de justificar la desigualdad de riqueza no solo a nivel estatal, sino global. Que haya países ricos y países pobres es consecuencia de que unos hacen las cosas bien y otros no (lugar común en más de un discurso tecnocrático). Los resultados en las percepciones son los mismos que Sandel notaba a nivel social: soberbia de un lado (la seguridad de una nación de que su bienestar es el resultado de sus talentos y que, por tanto, no debe nada a otros)

¹³ *Op. cit.*, p.38.

¹⁴ Nos dice Schmitt sobre la relevancia de pasar a considerar como personas a los Estados en la modernidad: “Un paso decisivo hacia la nueva magnitud “Estado” y hacia el nuevo Derecho de Gentes interestatal consistió en representar como personas a las estructuras de poder con territorio cerrado. De este modo adoptaban la calidad que daba sentido al establecimiento de una analogía entre la guerra y un duelo”. Carl Schmitt, *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del “Ius publicum europaeum”*, Buenos Aires, Struhart, 2005, p.137. No abundaremos aquí en la metáfora organicista porque supera las pretensiones del trabajo, valga resaltar su antigüedad (posee antecedentes griegos y católico romanos, especialmente con la formulación del cuerpo místico paulino; y fue de amplio uso durante el medioevo) y su reutilización por la filosofía política moderna (en autores tan notables como Hobbes y Rousseau, en los cuales la analogía coexiste con otra, la mecanicista).

¹⁵ Sandel, *op.cit.*, pp.66-67.

y frustración y humillación del otro (la creencia de que la situación relativamente desfavorable de un país es debida a las falencias de los gobiernos, de los pueblos, e incluso, en términos providenciales, a la mala suerte de la nación en la lotería de talentos y fortunas). Para los “perdedores” surgen dos alternativas, que se corporizan en dos tipos de discursos. A uno le podríamos llamar el discurso del voluntarismo. Groseramente, este discurso gira alrededor de la idea de que si queremos que al país le vaya bien, debemos ver lo que hicieron los países a los que efectivamente les fue bien y copiar su accionar. Es un discurso práctico, que entiende a la política de una forma instrumental y supone que los fines a los que aspira una sociedad dada ya han sido definidos. El otro discurso podría denominarse uno de internacionalización de la justicia, y su eje central es que, así como hay principios que deben regular la justicia al interior de un Estado, es decir, en una sociedad particular, también debe haberlos entre los distintos Estados y sociedades. Sobre este tipo de posturas nos dice Swift que *“la mayoría de las personas no piensan que tengan la obligación de renunciar a buena parte de lo que tienen para ayudar a quienes viven en otros países”*¹⁶. La obligación que sentimos hacia una injusticia parece difuminarse cuando esta está lejos de nosotros; esto es algo que Rousseau notó ya tempranamente en el siglo XVIII: *“Parece que el sentimiento humano se evapora y debilita cuando se reparte por toda la tierra, de modo que nos afectan menos las calamidades de Tartaria o del Japón que las de un pueblo europeo. En cierta forma, es preciso limitar y reducir el interés y la conmiseración para poder activarlos”*.¹⁷ Retomando el discurso que llamamos, tentativamente, de internacionalización de la justicia, este tipo de discurso resalta las desigualdades globales y reclama una solución para estas, socializando la responsabilidad de dar con esta pero asignando un mayor rol a quienes mayores recursos tienen a nivel global, vale decir, las potencias y países ricos del mundo. Este tipo de discurso, naturalmente, se aleja de la idea meritocrática: las falencias de un país no son responsabilidad de la incapacidad de este (al menos no únicamente) sino de un sistema en el que hay ganadores y perdedores, pero donde las reglas son establecidas por los ganadores y siempre, naturalmente, a su favor.

Vayamos a las vacunas contra el Covid-19. Tenemos, cuanto menos, tres ingredientes: el primero es el logro de tener, en un plazo muy reducido, no solo una sino varias vacunas diferentes para el virus; segundo, la utilización de la vacuna por las potencias como un factor de poder e influencia (la así llamada “diplomacia de las vacunas”); tercero, la desigualdad en la distribución de vacunas entre los países del mundo y el “escandaloso” acopio de vacunas realizado en varios países de altos ingresos. Este último es el punto que nos interesa, y colocamos el adjetivo entrecomillado porque el escándalo implica, nuevamente, una valoración moral. Dicha valoración encuentra su contrapartida en la lógica meritocrática.

El caso es el siguiente: varios países ricos del primer mundo realizaron un acopio de vacunas que, considerando su población, resultaba excesiva, mientras muchísimos países de zonas menos desarrolladas no pudieron acceder a las vacunas sino varios meses después (al tiempo en que se escribe este artículo -mediados de septiembre- hay un 30% de la población mundial vacunada con esquema completo, y varios países han comenzado a aplicar terceras dosis de refuerzo). Por caso,

¹⁶ Swift, op. cit., p.74.

¹⁷ Jean Jacques Rousseau, *Discurso sobre la Economía política*, Madrid, Tecnos, 1985, p.23.

Canadá adquirió una cantidad de dosis que le permitirían vacunar cinco veces a su población.¹⁸ La compra por encima de las necesidades generó casos insólitos, como vacunas vencidas y, por tanto, destruidas.¹⁹ En un contexto de escasez, las vacunas excedentes en un país son las faltantes en otro. Eventualmente, las vacunas podrían llegar a todas partes, pero la cuestión de plazos es una cuestión estratégica. Los países privilegiados fueron aquellos con capacidad para serlo. Desde una óptica meritocrática, no habría nada que criticar: tienen los recursos, tienen la astucia y la posición privilegiada para negociar rápidamente, es justo que estén primeros en la fila. Paralelamente, si un país no tiene los mismos márgenes para alcanzar acuerdos rápidos y garantizar una pronta llegada de dosis, es porque no ha querido o no ha podido construir esos márgenes. Así mismo, que varios países hayan decidido aplicar a su población una tercera dosis de refuerzo es legítimo desde el momento en que pueden hacerlo; que otros países no hayan podido cubrir a una parte importante de su población con esquemas completos de vacunación es algo que depende de ellos. Visto de esta forma, la meritocracia es una defensa del *status quo*. No hay lugar para la injusticia porque lo que es es como debe ser. Las causas del éxito y del fracaso están en uno mismo, a nivel individual como miembro de una sociedad, a nivel colectivo como Estado miembro de una comunidad internacional.

La ONU calificó, a comienzos de año, a toda esta situación como un “*fracaso moral catastrófico*”²⁰ y acusó a los países ricos de egoísmo²¹. Ahora bien, en el ideario meritocrático esta acusación no dice mucho, pero lo que más importa: es inconducente. Los países no van a cambiar su actitud ni sus políticas por impugnaciones morales hechas por parte de organismos internacionales ni de aquellos países que, desde su óptica y continuando con la analogía, son los perdedores del juego. Quejarse e imputar las reglas de juego es, al fin y al cabo, de mal perdedor. Y esto nos lleva al punto que queríamos señalar en este escrito.

Con las cartas sobre la mesa, la pregunta es la misma (siempre es la misma) que planteó Lenin hace ya más de cien años: ¿qué hacer?

Si hay algo que parece haber fracasado en este cataclismo que significó la pandemia, es la cooperación internacional; a la vez, es lo que más necesario y urgente parece ser, no solo para los países menos privilegiados en este juego de ganadores y perdedores, sino para la sostenibilidad del sistema mismo. Lo lógico sería entonces demostrar de forma patente que, en términos del juego, el triunfo solo puede ser uno de corto plazo.

¹⁸ S/A, “Canadá compra vacunas contra el coronavirus para cinco veces su población”, *Clarín*, 17 de diciembre de 2020, https://www.clarin.com/mundo/canada-compra-vacunas-coronavirus-veces-poblacion_0_kQip9z2Po.html

¹⁹ Véase Víctor Ingrassia, “Disparidad mundial COVID: vacunas vencidas sin aplicar vs países sin acceso a las dosis”, *Infobae*, 21 de agosto de 2021, <https://www.infobae.com/america/tendencias-america/2021/08/21/disparidad-mundial-covid-vacunas-vencidas-sin-aplicar-vs-paises-sin-acceso-a-las-dosis/>

²⁰ Rafael Cereceda, “La OMS advierte de un “fracaso moral catastrófico” por la falta de acceso a vacunas en países pobres”, *Euronews*, 18 de enero de 2021, <https://es.euronews.com/2021/01/18/la-oms-advierte-de-un-fracaso-moral-catastrofico-por-la-falta-de-acceso-a-vacunas-en-paise>

²¹ Más recientemente, el director de la OMS, Tedros Adhanom Ghebreyesus, habló de una “vergüenza para la humanidad”. S/A, “Para la OMS, la injusticia en la distribución de vacunas “es una vergüenza para la humanidad””, *Clarín*, 18 de agosto de 2021, https://www.clarin.com/mundo/oms-injusticia-distribucion-vacunas-verguenza-humanidad-_0_5-jogO73M.html

La construcción de discursos convincentes es de por sí difícil en nuestro tiempo, pero acaso la construcción de discursos en política externa tenga dificultades adicionales. ¿A quién le habla un presidente, Alberto Fernández, por caso, cuando se dirige a la Asamblea General de Naciones Unidas? Si la política externa funciona como una proyección de intereses definidos en el juego de la política doméstica, podemos concebir que hay al menos dos públicos que son radicalmente diferentes: el público interno, los argentinos; y, por otro lado, la contraparte, el concierto de naciones que está enfrente, con sus respectivos representantes. La pregunta es, ¿cuánto sirven las consignas e intervenciones morales en situaciones como estas? ¿Cuánto sirven, en la lógica meritocrática, las reivindicaciones y las imputaciones de quienes, en el esquema de distribución global del poder, son los perdedores?

Veamos algunos ejemplos del presidente Fernández referidos al mismo tema, la distribución global de las vacunas. En su alocución ante la Asamblea General de Naciones Unidas, en septiembre de 2020, es decir, previamente a la aprobación de emergencia de las vacunas que hoy son aplicadas, Fernández citaba a Francisco: *“El Papa Francisco nos interpela a todos, especialmente a los líderes reunidos en esta ocasión, a pensar en cómo salir mejores y no peores de esta crisis”*.²² En ese sentido, proponía como eje de reorganización del mundo tras la pandemia al principio de solidaridad: *“No es tiempo de globalizar la indiferencia sino de globalizar la solidaridad en múltiples dimensiones. [...] En este mismo espíritu de solidaridad, nosotros sostenemos que la vacuna que se produzca para prevenir la enfermedad tiene que ser un bien público global accesible a todas las naciones de una manera equitativa”*.²³

Luego, en mayo de 2021, en la Cumbre Mundial de la Salud, con el proceso de vacunación ya en marcha en muchos países del mundo y también en Argentina, Fernández sostuvo: *“La grave desigualdad en el acceso a medicamentos y vacunas representa un hecho injusto, sumamente inmoral y contrario a los intereses de la comunidad internacional en su conjunto”*.²⁴

¿Cuál es el problema con estas declaraciones? En principio, no hay ninguno. Son declaraciones que expresan una posición con respecto a la situación global y a cómo se concibe qué debería ser, qué debería cambiar y en qué rumbo. La última cita es particularmente relevante, porque al describir la desigualdad en el acceso a la vacuna, Fernández lo califica primero como injusto (de acuerdo a su visión del mundo), segundo como inmoral (de acuerdo a su concepción de la moralidad) y tercero como nocivo a las intereses de la comunidad internacional. ¿Por qué no se explota más este último punto desde lo discursivo? ¿Por qué no hay una mayor apelación a los intereses nacionales que son los que, bien o mal, sustentan las decisiones de los países, incluidas las grandes potencias, en materia de política externa?

²² “El discurso completo del Presidente ante la ONU”, *Télam*, 22 de septiembre de 2020, <https://www.telam.com.ar/notas/202009/517149-alberto-fernandez-discurso-asamblea-general-naciones-unidas-onu.html>

²³ *Op. cit.*

²⁴ “Es fundamental garantizar el acceso equitativo y solidario a vacunas y medicamentos”, afirmó Alberto Fernández en la Cumbre Mundial de la Salud, Casa Rosada, 21 de mayo de 2021, <https://www.caserosada.gob.ar/slider-principal/47789-es-fundamental-garantizar-el-acceso-equitativo-y-solidario-a-vacunas-y-medicamentos-afirmo-alberto-fernandez-en-la-cumbre-mundial-de-la-salud>

En la edición de 1963 de *El concepto de lo político*, Schmitt agregó un famoso prefacio en el cual dice que “*la época de la estatalidad toca ahora a su fin*”²⁵. Llega a su fin, dice Schmitt, un sistema ordenado alrededor del Estado como detentador del monopolio de la decisión política, y con él de una ordenación concreta del espacio, pero los conceptos con los que se piensa y se formula la política siguen siendo los mismos. El lenguaje, a menudo (mas no siempre), corre detrás de los hechos. Hoy se sigue pensando la política desde el marco conceptual del Estado soberano, pero este ha perdido gran parte de la potencia que tenía en el pasado. La interdependencia creciente genera situaciones que no pueden ser abordadas en soledad por un Estado. La pandemia es un excelente ejemplo de eso. En este sentido, el “*nadie se salva solo*” que el presidente Alberto Fernández ha utilizado en discursos de política interna y también de política externa tiene una doble dimensión: una moral, según la cual no es correcto salvarse mientras los otros se ahogan a nuestro lado; pero también una pragmática: en un mundo con una interdependencia tan acentuada como el que vivimos hoy, la idea de que unos se puedan salvar de esa forma tiene poca sustancia. La cooperación es estratégica no solo para los países menos privilegiados, los perdedores desde la lógica meritocrática, sino también para los ganadores. Y ese es un elemento posible de ser subrayado con mayor énfasis en los discursos de política externa, más centrados en grandes declamaciones morales que, al final del día, parecen ser inconducentes.

La vacunación contra el Covid-19 es un caso especial para señalar esto. La estrategia de Estados Unidos, por ejemplo, fue coherente con el lema de campaña de Donald Trump en 2016: *America First*. Primero se vacuna a sus ciudadanos, de quienes, al fin y al cabo, son gobierno, luego habrá tiempo para la solidaridad y todos los grandes sentimientos con donaciones de vacunas a los países que lo necesiten. Es lo que se supone que cualquier gobierno debe hacer: proteger a sus ciudadanos. Suena racional. Y sin embargo, no lo es tanto. La suma desigualdad en la distribución de las vacunas genera riesgos que, por la misma interdependencia antes aludida, nunca expuesta tan claramente como con la pandemia, afectan no solo a los países que no pueden acceder rápidamente a la vacunación (aunque, probablemente, sí los afecten más) sino también a los propios países que hicieron acopio de vacunas; esto se sostenía tempranamente, por ejemplo en el siguiente artículo de la BBC de febrero de 2021: “*Los expertos temen que, de continuar como va el actual sistema de distribución, el virus podría seguir mutando, hacer inefectivas las actuales vacunas, además de producir consecuencias económicas, políticas y morales devastadoras*”.²⁶ Este es un caso en el cual la aplicación estricta del interés de Estado (acumular vacunas para mi población) se convierte en irracionalidad. Y eso es tal vez porque el interés de Estado como tal es cada vez más difuso. Un discurso de política externa desde el lado perdedor del tablero debería explotar estas oportunidades: no señalar tanto la maldad y el egoísmo de quienes están en frente, sino su torpeza, su falta de visión a mediano y largo plazo, su profunda irracionalidad. Poner el foco en la sostenibilidad del sistema, que para bien o mal incluye a todos; subrayar el hecho de que la interdependencia llegó a un punto tal que los problemas en cualquier punto del planeta pueden afectar y gravemente a cualquier otro o a todo él. ¿Será más efectivo, en términos de influencia en las conductas, un discurso de este tipo? Es difícil

²⁵ *Op. cit.*, p.40.

²⁶ Lioman Lima, "La distribución desigual de vacunas entre países ricos y pobres significará que el virus continuará propagándose y mutando", *BBC News Mundo*, 4 de febrero de 2021, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-55911364>

saberlo y probablemente no lo sea, pero probar formas innovadoras de hablar ante el escenario internacional, que agreguen mayores dosis de realismo, pragmatismo y racionalidad desnuda (lo que no implica, de ninguna manera, renunciar a las declaraciones y la expresión de los valores que sustentan o pretenden sustentar la posición del país ante un determinado tema) puede ser una manera de optimizar la persuasión de tal discurso. Al fin y al cabo, todo discurso es una oportunidad para persuadir, incluso en escenarios improbables, como la Asamblea General de Naciones Unidas.